

dijo que su mujer y su hijo serian tambien de la partida. Con este objeto llevaria consigo dos tiendas para dormir al aire libre y saborear mejor el placer de la permanencia en el campo; y á nosotros nos complacia oír hablar así á un hombre, cuya habitacion admirábamos como el bello ideal de las casas de campo.

Figuraos en una de las mas graciosas bahías de la costa de Auckland, una bellísima residencia tapizada de flores: delante de la casa un *verandah*, cubierto de magníficas *fuchsias*, cuyas brillantes campanillas ostentan su púrpura en las paredes y tejados; todo el edificio rodeado por un gran jardín, en cuya estrechidad arrulla y riza su blanca espuma el azulado mar; barcos y velas de todas clases animan la superficie de las aguas de que una parte pertenece al puerto de Waitemata, tan rico en pintorescas bahías. Desde este punto se descubre la costa Norte y sus pequeños conos volcánicos que domina el mas elevado, el Rangitoto con sus puntas vigorosamente destacadas en el azul del cielo; en una palabra, es un paisaje de tal atractivo, que no nos cansábamos de admirar. Hé aquí el cuadro de la poética morada de nuestro amigo; y su bello jardín es el tipo mas perfecto de los jardines de la Nueva-Zelanda: no hay duda que debe creerse feliz el que viva en este rincón de tierra. La propiedad está cercada por un vallado de 6 á 8 pies de altura, vallado de rosales, de fuchsias, de geranios, cuyas hojas y flores forman un entretejido de mil colores. El clima húmedo de la Nueva-Zelanda conserva esta vegetacion en toda su frescura y lozanía aun en el rigor del estío. Y en el jardín, ¡qué diversidad de árboles, arbustos y plantas! Todas las producciones de la zona templada se aclimatan aquí, y junto á ellas crecen y medran otros vegetales, cuya apariencia recuerda la zona tórrida. La encina alemana de nudosas ramas se eleva magestuosa al lado del esbelto pino de Norfolk (*araucaria*); el gomero azul de la Australia (*encalyptus*) cerca del sauce lloron y de la acacia. En medio de los grupos de limoneros y naranjos, distínguese el plátano de la India, la palmera del Africa del Norte, el granado, el mirto y la higuera. Jazmineros, *binonias* y rosales, coronillas y camelias cubren los aciratos con un gracioso manto de flores, mientras que sobre la verde alfombra del menudo césped la agaba de la América del Sur estiende sus orgullosas flores en medio de un frondoso follaje. Embriáganse deliciosamente los sentidos entre estas maravillas de colores, de sombras y perfumes. Pero para nuestro amigo y sus conciudadanos todo esto no era el campo, y á bordo de una canoa gobernada por dos *maories*, nos dirigimos hácia la costa Norte que está á una hora de distancia.

Desembarcamos en una playa baja sembrada de

conchas, y los *maories* armaron luego las dos tiendas, bajo las cuales nos establecimos como en nuestra propia casa: la mayor, destinada á nuestro amigo y su familia, servia tambien de comedor; la otra se nos reservó para pasar en ella la noche, y las dos estaban tan inmediatas al mar, que en las horas del flujo casi las bañaba el agua. El día era apacible y un viento del Suroeste templaba agradablemente el calor.

El sitio en que nos hallábamos promete, sin duda, ser un lugar de recreo para los habitantes de Auckland; pero hasta el presente no tiene un aspecto *fashionable* de residencia de verano. Sin embargo, el gobernador no se desdena de pasar allí algunas semanas cada año con su familia, durante el rigor del estío, acampando como nosotros bajo una tienda. Fuera de algunas chozas de colonos y la casa del piloto, no habia ningun abrigo en el *North-Shore*. Pero á los ojos de muchos habitantes de Auckland es una diversion agradable cambiar durante un corto espacio de tiempo las comodidades de una casa por la vida rústica y sencilla de la tienda.

Siguiendo la costa, llegamos á una especie de andamiada de unos 30 pies de longitud: nuestro olfato nos hizo conocer á larga distancia su destino. Una larga fila de pescado de diferentes especies pendia de aquella armazon espuesta al aire para secar y prometiendo para el invierno á los indígenas manjares regalados. Algunos cerdos y perros andaban alrededor y á corta distancia habia unas cuantas chozas *maories*.

Los viejos, sentados delante de sus puertas, nos dirigieron el amistoso *tenakoe*, mientras que los muchachos, medio desnudos, nos miraban desconfiadamente con sus ojos negros, no comprendiendo lo que querian aquellos dos hombres con su martillo en la mano. Los cultivos inmediatos á las chozas consistian en patatas, coles y otras legumbres. Conservadas con bastante cuidado, estaban circuidas de una cerca de cuatro pies de altura, formada con bloques de lava, sobre los cuales algunas plantas enredaderas entretejian su espeso y fresco follaje.

Despues de haber examinado el cráter de Takapuna, que era el objeto de nuestra escursion, vimos, de vuelta para nuestras tiendas, una lumbrera que ardia detrás de una cabaña de bloques volcánicos: una tetera estaba suspendida sobre las llamas y nuestros *maories* se ocupaban en coger ostras que habia en abundancia en las rocas de la playa. En la tienda, la mujer de nuestro amigo habia preparado una escelente comida, á la cual llevábamos nosotros un gran apetito. Pero siendo yo tan aficionado á las ostras, me dirigí ante todo hácia los indígenas para ver de qué se trataba. Hallélos golpeando sus conchas, cuyo contenido ya asado saboreaban con afán. Tres grandes piedras cargadas de estos moluscos habia aun

sobre las brasas, y los indígenas me los indicaron diciendo: *kapai* (muy buenos). Luego que estuvieron en su punto, me las pusieron delante, y yo, por mí, no me hice mucho de rogar: las ostras así asadas no son ciertamente despreciables. Las conchas se despegaban fácilmente, y el marisco, cocido con su propio jugo, tenia un gusto sabrosísimo. Luego que concluí mi tarea, dije á mi vez *kapai*, y fui á buscar la pastelería de nuestra amable huésped que no pudo reprimir una maligna sonrisa al saber mis peregrinaciones gastronómicas.

Cuando se quitó la mesa, nos pusimos en camino para subir á la *Colina del Pabellon* ó *Monte Victoria*, que es el punto mas elevado del *North-Shore*. En los tiempos primitivos habia en la cumbre del monte un *pah* de guerra, cuyas fortificaciones se escalonan en la pendiente de los terraplenes de 10 á 15 pies: hácia el lado Norte de la colina se ve un foso de 20 pies de latitud y de igual profundidad. La cima forma una meseta con un cráter semicircular abierto al Sureste, y sobre el cual corrientes de lava que forman una zona pedregosa, se han dirigido hácia la mar. El panorama que desde aquí se descubre es en verdad magnífico. Véese todo el puerto de Waitemata y á lo lejos el golfo Hauraki con sus islas y cabos, y la mar animada por velas de todas formas. Detrás de la montaña yace pacíficamente un gran caserío perteneciente á una tribu que ha emigrado de la bahía de las Islas, y que desde hace algunos años paga voluntariamente al Estado una libra esterlina por hanegada de tierra, de la que sacan maiz, trigo, patatas y las legumbres destinadas al mercado de Auckland. Gracias á su actividad, estas buenas gentes han logrado cierto bienestar. En la orilla del mar se veian sus embarcaciones, entre las que sobresalian muchas canoas de guerra decoradas por popa y proa con vistosas esculturas. Tambien habia muchos barcos balleneros.

La noche nos halló sentados en nuestras tiendas hablando en familia. El murmullo del mar nos arrullaba dulcemente como invitándonos al sueño; pero bien que estuviéramos provistos de cobertores de lana, distábamos mucho de tener todas nuestras comodidades. Un viento fuerte se habia levantado y nuestra tienda vacilaba. ¡Cuán fácil nos hubiera sido regresar á Auckland, cuyas luces divisábamos, para volver el día siguiente á proseguir nuestra escursion! Pero nuestro amigo nos habia convidado á su quinta y estábamos obligados á saborear todas sus alegrías.

III.

El istmo de Auckland.—Volcanes.—Indígenas.

El istmo de Auckland es una de las comarcas mas volcánicas de la tierra. Debe su fisonomía particu-

lar á un gran número de conos apagados que tienen cráteres mas ó menos conservados, corrientes de lava que forman vastas zonas pedregosas extendidas á su pie, ó cráteres de toba que rodean circularmente como un muro artificial los conos de erupcion formados con ceniza y escorias. Estos conos están esparcidos irregularmente en el istmo y en las playas inmediatas á los puertos de Waitemata y Manukau. La potencia volcánica parece haberse abierto un paso diferente á cada erupcion: así se ha derramado por un gran número de salidas, mientras que si se hubiera mantenido en un mismo canal, habria formado un gran cono.

Las primeras erupciones fueron probablemente submarinas en una bahía poco profunda, cenagosa y poco agitada por el viento. Componíanse de masas ígneas, de detritus de lava, de escorias y cenizas volcánicas. Sin duda ninguna fueron producidas en muchos sacudimientos, sucediéndose rápidamente unas á otras, porque todo lo que se ve claramente es que estas masas se presentan en capas sobrepuestas alrededor del punto de erupcion y que han formado pequeñas colinas, elevándose con una superficie lisa y teniendo todas un cráter mas ó menos redondo en medio. Llámase toba volcánica á la masa heterogénea de estas primeras erupciones, y á estas colinas, conos de toba, como no tengan conca redonda; pues en este caso se les llama cráteres de toba.

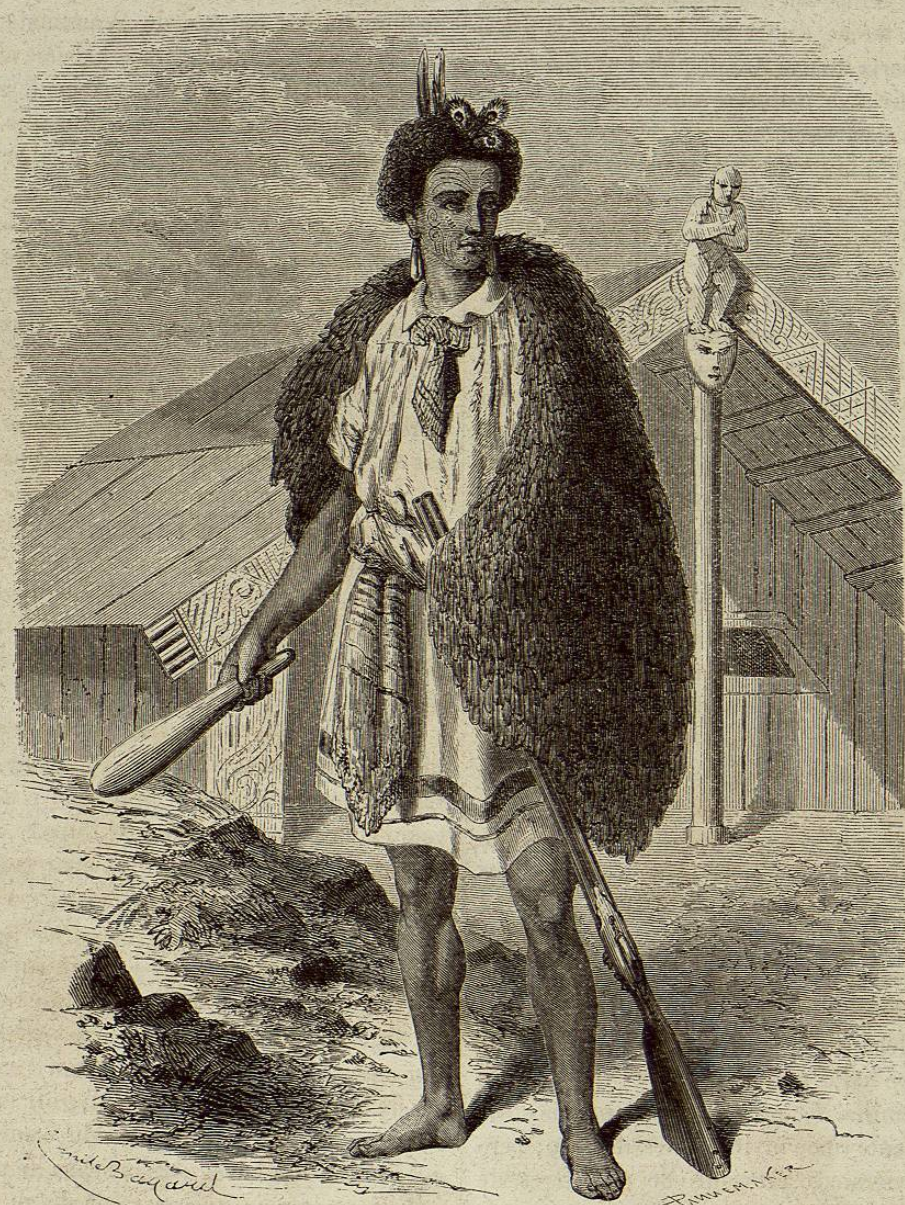
Numerosos *espectáculos* de estas dos formas volcánicas existen en el istmo de Auckland: ya estos cráteres se presentan muy profundos y llenos de agua, como el lago de agua dulce de Pupaki, que tiene una profundidad de 28 brazas; ya aparecen superficiales y secos, ó bien pantanoso y hornaguero. Cuando están muy cerca de la mar, las aguas se han abierto paso por uno de sus lados, rompiendo la línea de circunvalacion, marcando en el cráter su movimiento de flujo y reflujo. Cuando muchos de estos conos están agrupados como en Onchunga ó en los alrededores de Otahuhu, es difícil distinguir los cráteres aislados, porque un espacio donde confluyen muchos conos toma por lo regular la forma de un solo cráter.

La importancia que en razon de su suelo, sobremanera fértil, tienen estos conos de toba en las cercanías de Auckland, es verdaderamente notable: en cada uno de ellos hay por lo regular una casa de cultivador. Los prácticos colonos han comprendido la ventaja de fijarse á lo largo de estos cráteres de suelo feraz. Véense en él praderas y campos de trébol de la mas espléndida verdura, mientras que el suelo estéril de las rocas primitivas solo produce matorrales de helecho y de *mannuka*. Las inmediaciones de Onchunga y de Otahuhu deben á estos conos de toba su notable fecundidad.

Al mismo tiempo que la accion volcánica que ha

formado los conos de toba, parece haberse operado una elevacion lenta y sucesiva del istmo entero, de suerte que las erupciones posteriores se han producido por encima de la mar. En este segundo periodo

la accion volcánica ha llegado hasta la erupcion de materias incandescentes, de las que licuefactas por el fuego y que condensándose, han tomado la forma característica de peras ó limones y han vuelto á caer

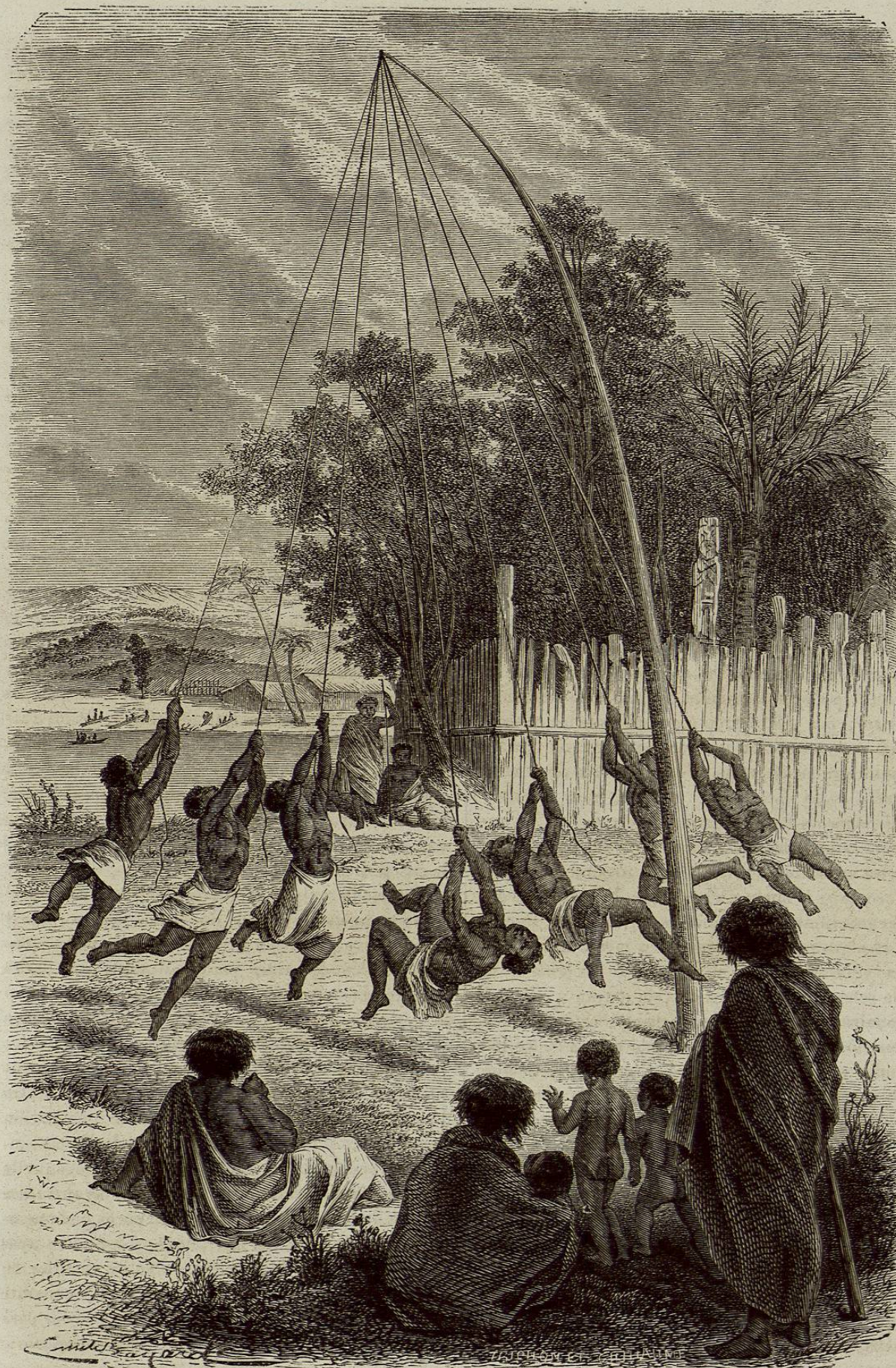


Matutaera, jefe zelandés de las cercanías de Auckland.

como bombas volcánicas: mas tarde esta accion ha producido corrientes de lava que se han derramado á lo lejos formando un rio incandescente. Entonces los volcanes de Auckland eran montañas que vomitaban fuego en el sentido literal de la palabra y entonces se formaron sus conos de escorias; y en los parajes donde las erupciones, con frecuencia repetidas, salian por un solo cráter, se elevaron conos de lava como el Rangitoto,

Los conos de escorias, aunque no son propios para el cultivo, no tienen menos importancia bajo el punto de vista práctico, pues procuran una excelente materia para rellenar los caminos, y á este material de escorias debe el istmo de Auckland sus excelentes vias.

Un sistema volcánico completo se compone, pues, de tres partes: de un cono de toba que se eleva en meseta y formando como la base y pedestal de todo



Columpio de los guerreros neo-zelandeses.

el conjunto; de otro cono de lava mas escarpado que es la masa principal de la montaña, y finalmente de un tercer cono de cenizas y escorias, que con el cráter forma el pico del volcan.

Actualmente, gracias á las mejoras que los colonos europeos han hecho en las tierras volcánicas, convertidas en verdaderos jardines, estas montañas menos recuerdan fenómenos geológicos que han desaparecido hace tiempo, que la historia de una poblacion digna de interés por tantos títulos. Las cimas de estos conos ofrecen puntos de vista admirables, desde donde se abraza enteramente el istmo, y no puedo menos de considerar aun por un momento el cuadro que se presenta á mi memoria.

Casi todos los vestigios del estado inculto primitivo han desaparecido en el istmo. A la antigua vegetacion ha sucedido en gran parte al cultivo de las plantas europeas, y las malas yerbas que las acompañan siempre se mezclan con los restos de la flora indígena. Entre los puertos de Waitemata y de Manukau aparece el suelo surcado de caminos en todas direcciones. Bellas casas de campo se ven esparcidas entre las ciudades de Auckland y de Onchunga, quedando separadas las propiedades por negros muros de basalto y verdes hileras de ulex. Los animales pacen en el campo, los omnibus circulan por los caminos: por aquí la familia de un colono avanza en su carro; por allá corren á galope ginetes y amazonas: todo ofrece la imágen de una vida feliz y llena de animacion como en las comarcas de nuestra patria.

Los lagos de forma redonda encerrados en los antiguos cráteres, brillan lo mismo que espejos; la mar penetra en la tierra por bahías de innumerables brazos, como si el suelo y el agua no hubieran encontrado aun límites determinados. Al Norte el Rangitoto se eleva magestuosamente en medio del Waitemata y en frente de él el cono de escorias de la orilla setentrional. Barcos de vela entran y salen por el canalizo, y algunas canoas hacen sus regatas en el puerto. Al lado opuesto, donde detrás de los tres grandes y agudos picos, la costa occidental se abre para dar acceso al Océano en la vasta conca del puerto de Manukau, se ve subir la larga columna de humo del barco de vapor que llevará nuestras cartas á nuestros amigos de Europa. A vista de todas estas cosas, ¿cómo creer que está uno en la Nueva-Zelanda?

Solamente allá en el horizonte hácia el Oeste y el Sur sobre altas cadenas de montañas, donde se estienden espesas sombras, se vuelven á encontrar los bosques inaccesibles; pero el humo que se eleva, prueba que allí tambien hay ya hombres: son los primeros sin duda que abren el camino á las razas venideras. Véase en medio del bosque una casita de

madera, pobre abrigo de una familia que ha navegado muchos miles de leguas por fundarse una nueva patria en los antípodas de la antigua. El padre está en el bosque; y un tronco despues de otro cae bajo los golpes de su vigoroso brazo; la madre prepara la cena en el hogar que chispea agradablemente; delante de la puerta juegan unos niños en medio de las gallinas y los perros. Ruda es la existencia de estos pobres cavadores: sujetos á mil fatigas y privaciones, no tienen ni médicos, ni iglesias, ni amigos con quienes puedan hablar de la antigua patria; pero en cambio todo cuanto su vista alcanza es suyo, y de año en año va mejorando su suerte. Una cosecha sucede á otra, y en lugar de una cabaña, tienen una graciosa *villa* rodeada de jardines y cultivos útiles: en las praderas pacen los ganados; en la vecondad se establecen los amigos, y veredas que serpentean bajo los árboles, enlazan una posesion con otra. En el camino se alza una iglesia, una posada, y muy luego se abre la primera tienda: donde no habia hace poco mas que una cabaña, hay ya una poblacion que no puede llamarse villa, ni menos ciudad, pero sí un fragmento de arrabal, habitado por gentes con las mismas necesidades y modas de la ciudad; tienen correo y gacetas, caballos y carruajes y su existencia es como la de los barones y condes de su antigua patria. Asi, en el descenso de la vida los laboriosos trabajadores gozan plenamente de las dulzuras de la existencia; sus hijos se establecen en el bosque, los padres les dieron ejemplo, y una nueva y poderosa raza toma sin retardo posesion del pais, donde en otro tiempo hombres de otro color, una raza salvaje, seguian tambien los usos y costumbres de sus padres.

¡Cuán diferente es la suerte de estos indígenas! Tambien habian emigrado de lejanas islas por gozar en un nuevo pais mejor existencia: acaso han encontrado tambien en estos parajes durante una larga serie de generaciones, lo que vinieron á buscar; pero su tiempo ha pasado y su género de vida desaparece al soplo de la civilizacion moderna.

El istmo de Auckland era en otro tiempo la residencia de una poderosa tribu de *maortes*, el teatro de ocupaciones pacíficas, la fortaleza de una nacion salvaje; pero tambien el campo de batalla de las sangrientas luchas de los caníbales en las que aquella raza ha desaparecido de la tierra. Los *ngatitvatuas* que habitaban aquí contaban hace pocas generaciones de veinte á treinta mil almas, y los conos apagados les servian de fortalezas como los castillos de la edad media alemana. Con su situacion dominante y sus estensas vistas, estos lugares eran propios para tal destino, y servian de albergue á jefes opresores y violentos.

Las cimas soportaban *pahs* atrincherados, es decir,

plazas de armas, y en la base de las colinas se extendian las viviendas de los siervos en los campos que debian cultivar. Véase aun hoy dia las ruinas de aquellas habitaciones al pie de las alturas.

Los frentes de las montañas están en cierto modo pintoreados como los rostros de los antiguos guerreros que han sobrevivido al canibalismo: están terraplenados, es decir, que alrededor de las pendientes se sobreponen unos terraplenes de 10 á 15 pies de altura, que se descubren á gran distancia. En estos terraplenes corria un doble orden de empalizadas al borde de profundos pozos cubiertos con cañas y ramaje, como los cepos de los lobos, para hacer caer á los enemigos. Con razon se admira uno de la habilidad con que los *maortes* construian sus fortificaciones y de los gigantescos trabajos que ejecutaban con los instrumentos mas rudimentarios, con palas de madera, martillos y hachas de piedra y cuchillos de conchas marinas. Dentro de estas empalizadas y fosos y en las cimas de las montañas, habitaba el jefe con su familia y los nobles de la tribu.

Allí, mientras que los ancianos acurrucados en círculo bajo sus capas de *phormium*, hablaban de sus hazañas ó de las leyendas de sus antepasados, la juventud de la tribu se dedicaba á los juegos y pasatiempos. Las doncellas repetian en coro los cantos importados por sus padres de la tierra de Havai-ki, su primitiva patria. Los niños hacian flotar al aire sus cometas, hechas con ligeras cañas, y mientras los adolescentes se sumergian en el agua desde lo alto de una elevada punta cantando algun estribillo mitológico, otros mas vigorosos probados ya en los azares de la guerra, se ocupaban en un ejercicio mucho mas peligroso, balanceándose sostenidos á fuerza de puño á la estremidad de unas cuerdas atadas en manojo á la alta punta de un mástil plantado por lo regular sobre un precipicio.

Hoy han cesado ya cantos y juegos; las fortificaciones han sido arrasadas, los albergues destruidos, las empalizadas deshechas, el castillejo maorí arruinado, y así como el cráter parece ser la cicatriz de la abrasada tierra, los terraplenes con sus profundos fosos son las señales que recuerdan los sangrientos combates de los pueblos indígenas.

De una raza tan numerosa y potente en otro tiempo, apenas quedan algunas familias que habitan un caserío en la rada de Orakei al Este de Auckland. Las grutas de lava de los *Tres-Reyes* del monte Smart y del monte Wellington están atestadas de huesos de los infelices que hallaron la muerte en los ataques que el terrible Hongi, á la cabeza de los guerreros del Norte de la isla dirigió contra las tribus del rio Tamesis. En el monte Hobson, he hallado aun dentro de una arruinada choza una vieja maorí que se habia vuelto loca, y que segun la supersticion y cruel cos-

tumbre de los suyos, estaba condenada á morir solitaria en estos parajes, donde habian sucumbido tantos millares de seres de su raza.

IV.

Los bosques de kauris.

El piloto del *Maorukau*, capitán Wing, me habia ofrecido para recorrer el puerto su escelente canoa, construida al modo de las balleneras, y aun quiso servirnos de guia á mí y á muchos de mis amigos que consintieron en acompañarme. Embarcámonos, pues, en el muelle de Onchunga el 18 de enero: cinco indígenas remaban, el capitán dirigia, y costeano hácia el Norte tomamos tierra en un abra de la península de Puponga, y nos acomodamos para comer á la sombra de un magnífico *polutukana* (metrosideros tomentosa) cuyo tronco media 24 pies de circunferencia. En último término se alzaban algunos macizos de agudas rocas de notable aspecto, bloques de piedras volcánicas muy variadas, ya de trachito, ya de basalto, angulosos y de todos colores, rojos, verdes, pardos y negros, formando la base de esas grandes masas de detritus volcánico, que en espesor de mas de 1,000 pies, componen toda la cadena de Titirangi, así como la escarpa de la costa occidental desde la costa Norte del puerto de Manukau hasta el de Kaipara.

Por la noche instalamos nuestra tienda en la bahía de Huia, en la arena enjuta de la playa; pero no pudimos conciliar el sueño, porque una plaga de mosquitos, atraidos por la luz de que antes nos sirviéramos, penetraron hasta nosotros y chupaban cruelmente nuestra sangre: por eso, pues, saludamos el dia con regocijo, el aire de la mañana, el agua pura de una fuente y una taza de buen café con que restauramos nuestras fuerzas, continuando luego nuestro camino para visitar los establecimientos situados en el fondo de la bahía.

Yo estaba maravillado del carácter romántico que tenia en este momento el paisaje: una naturaleza salvaje con espesos bosques, picos agudos, murallas de escarpadas rocas, concas sombrías atravesadas por arroyos y rios de agua límpida. Audaces colonos han elegido esta pintoresca comarca para establecer suserrerías, explotando los bosques que producen en abundancia el gigantesco pino *kauri* (*dammara australis*) cuya madera es escelente. Sus arroyos y rios mueven las máquinas, sirviendo á la vez para el transporte de las maderas.

Con razon llaman al pino *kauri* el rey de los bosques de la Nueva-Zelanda.

Desde el origen de la colonizacion, los bosques de *kauri* son un elemento de riqueza para los emigrados europeos, á quienes suministran escelente madera de